

Pájaro sin alas

A Airín le encantaría poder cerrar los ojos para siempre, cerrarlos y no tener que abrirlos nunca más. Era frecuente verla sentada sola en medio del descampado de turno con los ojos cerrados haciendo aparentemente nada.

Para Airín, la soledad era como una manta que la envolvía cálidamente y la protegía del interés de los demás, tan zafio, siempre preguntando, cuando de sobra sabían que no había nada en su vida que fuera digno de contarse, tan solo sus inmensas miseria y soledad. A la vez, la soledad de Airín era una venda que le cubría los ojos, tan tupida, que le impedía ver la realidad de las cosas y la hacía triste y temeraria cuando se subía a los trapecios de la magnífica carpa del Circo Mundial, a los cuales se encaramaba sin mostrar el menor respeto por la gravedad terrestre ni la de su situación.

Airín se lanzaba al vacío con un ahínco suicida, despreciando el suelo y la atracción que por inquebrantables leyes de la física este había de ejercer sobre su cuerpo, despreciando al público, que temía por su vida más que ella misma, ignorándolos. Agobiada por un cuerpo indeseado, le habría encantado despertar un día y no encontrarse.

Solo cuando cerraba los ojos era feliz: inmersa en la oscuridad infinita, sumergida en un hipnótico silencio que la mecía suavemente. Por eso se entregaba con fruición a la soledad y al sueño, ese pequeño suicidio diario del que debía volver, tristemente, cada amanecer dentro de su carreta.

“Algún día”, se decía. Algún día, no volvería más.

Únicamente una cosa la mantenía en este lado, pero era algo doloroso; una cuerda que mantiene a flote a un naufrago pero que, enredada en su cuello, termina finalmente por arrastrar un cadáver.

Esa cuerda de naufrago que la mantenía atada al mundo se llamaba Sashé y cada noche la salvaba, esta vez literalmente, de morir estrellada contra la arena de la pista del famoso y delirante Circo Mundial.

Airín y Sashé eran la pareja artística más atractiva del Circo Mundial, los famosos trapeceistas que cada noche volaban bajo el techo de la carpa, relámpagos de lentejuelas, pájaros sin alas que se hacían la corte en una falsa y eterna primavera de lona roja y blanca. Fuertes, valientes, atrevidos, eran como flechas que se hubieran convertido.

Delgado y esbelto, con una extraña mezcla de masculinidad y extrema juventud, Sashé despertaba miradas de auténtica lascivia, de las cuales nadie sabría decir si era él consciente o no.

Por su parte, Airín suscitaba una intensa emoción, tan hermosa, casi etérea. Parecía envolverla un halo de misterio tangible, como un frío que se extendía a su alrededor y la hacía inaccesible.

Airín caminaba sin mirar a los ojos de la gente, pensando que de este modo nadie la vería, lo que el resto de la compañía confundía con altivez y engreimiento.

Solo con Sashé podía abrirse tiernamente, sin corazas, como una flor nocturna se abre a la oscuridad. Con él se sentía arder por dentro, y deseaba ser capaz de atravesar el muro de ladrillos invisibles que los separaba y la contenía y fundirse con el cálido tacto de Sashé como un metal en la fragua. Pero no podía.

Aquella noche, Airín estaba más triste y temeraria que nunca, porque aquella noche se sentía extremadamente sola. Aquella noche la invadía una sensación dramática, como una premonición, y cuando miró hacia la arena la vio más lejana que de costumbre, y con unos oscuros brillos de oleaje nocturno.

En la tarima de enfrente Sashé aparecía imponente, seguro de sí mismo. No miraba nunca a la arena, sino que regalaba al público su mirada verde tan hermosa como la caricia de un amante.

Airín podía percibir dos destellos orgullosos en su cara. Su propia mirada verde era también una amante que escudriñaba a su compañero, lo bebía, lo estudiaba hasta memorizarlo desde su rincón sombrío de la tarima de enfrente.

Por fin llegaba el momento.

“Esta noche”, se decía Airín y, al mirar a su alrededor para despedirse de las cosas, sentía una especie de nostalgia gozosa, como si en vez de despedirse se reencontrara con ellas.

Airín no miraba a las personas: no al público, no a los tramoyistas ni a los integrantes de la troupe, monigotes inconscientes congregados para poblar en ese momento ese espacio por el incalculable accidente de la casualidad. Airín miraba las gradas de vieja madera, innumerables veces pintada, mano sobre mano de pintura blanca; las largas y raídas telas de satén tras las que se ocultaban aquellos estrafalarios personajes de circo; la potente luz de los focos y el polvo que, en lenta, lentísima caída, parecía oro en suspensión.

Lo miró todo y lo vio como no lo había visto nunca antes. Ahora, toda la pobreza de la carpa, mil veces remendada y llena de suciedad, le llegó a parecer hermosa. Quizás, amable. Comprendió que no era libre y que debía apresurar cuanto antes su partida de aquel hogar que la asfixiaba.

“Esta noche”, se decía mientras miraba la arena oscura como hipnotizada.

El círculo de luz rodeó al director del circo, que bramaba, su voz tan oronda como su cuerpo:

-¡¡¡Y ahora, señoras y señores, damas y caballeros, niñas y niños... lo nunca visto...!!! ¡¡¡Lo más espectacular!!! Serán ustedes testigos de que el ser humano PUEDE volar... ¡¡¡Con todos ustedes... AIRÍN Y SASHÉ, los Magníficos Trapecistas del Circo Mundial!!!

No hizo falta que pidiera el aplauso. El gran cañón de luz se dirigió a la cumbre de la carpa y recorrió sus rincones, donde los trapecistas manchaban sus manos con polvo blanco y saludaban con la barbilla en alto, rectas las espaldas, sonriendo sin temor.

Sonó un redoble de tambor. Los niños sentían retumbar cada golpe en sus sienes y miraban fijamente hacia el techo, los ojos como platos y las bocas entreabiertas, expectantes.

Por fin Airín dio dos palmadas y, como si de una piscina se tratase, se lanzó al vacío de cabeza.

En las gradas, quien no mantenía la respiración, lanzaba un maravillado “ooooohhhh”. La malla de plumas y lentejuelas de Airín destellaba al reflejo de la luz, haciendo aún más bello y espectacular el rápido movimiento de su cuerpo, que se retorció en el aire, buceando en él.

No abrió los ojos.

No habría hecho falta.

Solamente se dejó llevar por la inercia, disfrutando de la caída.

Perfecto.

Pudo sentirse en la carpa cómo el aire era inspirado de nuevo por el atribulado público cuando Sashé cazó a aquel bello relámpago humano, atrapándolo desde su trapecio, encadenados ahora mano con mano, y lo depositó sin esfuerzo aparente sobre su tarima.

Aplausos.

Airín no se daba un descanso, estaba decidida.

“Esta noche, esta noche, esta noche”. La frase le martilleaba la cabeza, como una musiquilla machacona. “Esta noche”.

Así que, esa noche, Airín no utilizó el calculado barrido del foco por la grada para coger resuello, sino que, aprovechando la oscuridad, su estado anímico preferido, se lanzó de nuevo al vacío.

Pareció un accidente, un error de cálculo, algo que todos sabían que podía pasar. Todo ocurrió en la oscuridad y nadie podía explicárselo.

Nadie vio cómo Airín se lanzaba desde su plataforma. Ella simplemente lo hizo y sintió cómo su cuerpo caía, caía, caía... ¡era como una liberación...!

Sentía salir lágrimas de alivio de sus ojos cerrados. Nadie la había visto y ella caía...

Airín había relajado completamente su cuerpo en la caída, por lo que la sorprendió todavía más el violento impacto, que la hizo abrir los ojos con susto.

Se sintió violentamente atrapada y lanzada hacia un lado.

La inercia la hizo rodar y derrapar por la tarima hasta chocar con el tope. Sintió un dolor indescriptible en todo el cuerpo.

“¡¡No!!”

No. Presa del pánico más doloroso se arrastró hasta el borde de la plataforma y miró con los ojos desorbitados. “No”.

Pareció un accidente...

El cuerpo de Sashé yacía a escasos milímetros del borde de la red, en una postura antinatural.

Antiestética.

Horrible.

Bajo su cuerpo revuelto empezaba a formarse un charco de algo oscuro y espeso.

La arena absorbía la vida de Sashé, inexorable.

Todo ocurrió en la oscuridad y nadie podía explicárselo.

Airín permaneció acurrucada en la tarima durante días, atrapada en un mutismo lleno de miedo y de dolor.

Por fin habían conseguido hacerla bajar, pero nunca consiguieron hacerla hablar de nuevo.

Un día, su malla de plumas y lentejuelas apareció dentro de la jaula de la leona y ella no apareció nunca más.

El Circo Mundial nunca volvió a pasar por ese pueblo.